

animal que más se aproxima al hombre, por su inteligencia, su rara perspicacia, los recursos de su espíritu inventivo, su memoria, y el desarrollo singular de todas sus facultades. Desde hace ocho años que vivo en la estación de Wallevé, he visto cosas tan extraordinarias que asombrarían en sumo grado en Europa, en donde el elefante ha sido tan diversamente apreciado, y hasta maltratado también por ciertos naturalistas, que no le han estudiado más que en sus gabinetes de trabajo.

—¿Tendréis la bondad de hacernos conocer algunos de ellos?

—Algo más que eso,—nos respondió,—pues haré que presencias escenas increíbles. Tenemos aquí un elefante domador que es una verdadera maravilla, y él es el que enseña á sus camaradas el servicio del tren de artillería.

En este momento, uno de los sercars del capitán se deslizó silenciosamente en la verandah, y ante un signo de su amo, se inclinó por toda respuesta.

—Señores,—nos dijo el capitán,—el té está servido en el pabellon del jardín; si quereis seguirme, estaremos allí mejor, pues está más fresco.

En medio de bosques de laurel-rosa y del árbol de la canela, y á lo largo de una eminencia que dominaba el río, serpenteaba un pequeño sendero que seguimos hasta encontrar una casita india construida de madera de bitt negro con rara elegancia, y en donde entramos conducidos por nuestro nuevo amigo.

El interior se componía de una gran pieza cubierta de las esterillas más finas, divanes de crin tan anchos como lechos, cubiertos con colchones

de Bengalar, y pendientes de las columnas de madera de teck rojiza se balanceaban media docena de hamacas de todas formas sujetas con anillas de plata y cordones de seda. En medio había una mesa de laca del Japon en armonía con la altura de los divanes, que completaban aquel mueblaje oriental, de una riqueza inaudita en medio de su sencillez. Todas las columnas estaban incrustadas de marfil, y las paredes, con medias cañas doradas, pintadas por un hábil mouchi, representaban las escenas más curiosas de los amores de Lakmi, la Juno india.

La mesa estaba llena de cigarros de todas partes y de houkahs indígenas, y en medio había una tetera de plata rodeada de tazas de China, que esperaban las llenasen del odorífero líquido. Anchas aberturas practicadas en los cuatro frentes dejaban penetrar la brisa de la noche.

—Aquí—nos dijo el capitán—vengo todas las noches á respirar el fresco que se desprende del río, y despues de un día de caza ó de otro cualquier ejercicio, á soñar y vivir un poco conmigo mismo.

Apénas acabábamos de sentarnos en los divanes, cuando se oyó un ligero ruido en la verandah, y el sercar encargado del servicio del pequeño pabellon entró, y á un signo interrogador de su amo respondió sencillamente:

—¡Nautchnys!

Comprendimos al punto, y nos sonreimos.

—Señores,—nos dijo el capitán,—veo que el ruido de vuestra llegada se ha esparcido muchas millas á la redonda, pues las lindas hijas de Welpannie vienen á visitaros.

Las nautchnys y las devadassi son casi sinónimos, y designan en la India á las bayaderas dedicadas al servicio de los dioses y del amor.

En Ceylan, el nombre de nautchnys designa más especialmente á las bayaderas musulmanas. Estas mujeres no están, como las devadassi indias, dedicadas al servicio de las mezquitas, sino que cantan, bailan y se entregan al que más ofrece por sus encantos, sin esa modestia llena de gracia y poesía de las bayaderas indias.

Son tambien más accesibles á los extranjeros, de quienes no las separan las preocupaciones de alimento, y sobre todo de casta. En resumen, no son más que unas prostitutas en el género de las almas egipcias, pero más picantes que estas últimas, tanto por su rara belleza como por la riqueza y lo pintoresco de sus trajes.

Aquellas bayaderas venian de Wellepannie, pueblecillo de pescadores musulmanes, y hubiera sido una crueldad rehusar el recibir á aquellas encantadoras criaturas. Cuando el capitán las invitó á entrar en el pabellon, tres de ellas se separaron del grupo y vinieron á sentarse á nuestros piés; pero nosotros les rogamos se sentasen en el divan, lo que hicieron sin vacilar, y dejando caer á sus piés el largo velo de crespon que las cubria, aparecieron en el traje más provocativo que pueda imaginarse. El pecho, los brazos y el talle desnudos, su taparabo de muselina blanca recogido en la cintura por una faja de seda de diversos colores, y su abundante cabellera negra trenzada con hilos de vetyver y ramos de pequeños inmortales amarillos de perfumes penetrantes, que los indios emplean en todas las ceremonias.

Allí estaban, sonriendo y lanzando de sus grandes y hermosos ojos negros, llenos de promesas y fascinacion, miradas provocativas, cuando el capitán les dirigió la palabra en tamoul, haciéndoles comprender lo que esperábamos de ellas.

—Cantadnos—les dijo—algunos de esos aires populares de la costa.

Una de las que se habian quedado en la verandah se separó del grupo, y vino á llevar el compas, hiriendo metódicamente las cuerdas de una pequeña guitarra.

Las otras tres se pusieron á cantar.

Lo que oimos entónces no puede traducirse en lengua alguna, y las liviandades eróticas de la antigüedad serian nada en comparacion de las canciones dialogadas de las nautchnys.

Tales son los himnos de amor que todas las bayaderas y nautchnys de la costa de Coromandel y Ceylan cantan en las orgías brahmánicas, con ligeras variaciones segun las castas y los lugares, y que existen en todas las lenguas del Sur, kanara, telinga, tamoul, etc., y en sanscrito tambien, con el nombre de Avrita y Avany, pero en un lenguaje más elevado y con sentimientos menos sensuales.

Salomon le cantó en el Cántico de los cánticos; toda la antigüedad ha tenido su himno de amor (1).

La noche estaba ya muy avanzada cuando las bayaderas musulmanas se despidieron de nos-

(1) Fácilmente se comprenderá que no es posible hacer una traduccion literal en un libro en que el escritor, al describir exactamente las costumbres del extremo Oriente, tiene ante todo que respetar al lector, respetándose á si mismo.

otros. Al recibir nuestra ofrenda, sus pequeñas manos suaves y tersas intentaron una nueva interrogación que acompañaron con una mirada llena de provocativa languidez; pero no recibiendo respuesta alguna, se resignaron á hacernos el *salam* de despedida, y envolviéndose de nuevo en sus largos velos de muselina, desaparecieron como blancos fantasmas detras de los bosquecillos de canelos que rodeaban la casa.

—¿Les gustaria á ustedes, señores, dormir en este pabellon, disfrutando de este aire fresco y reparador?—nos dijo entónces el capitán.

Habiéndole contestado afirmativamente, envió á buscar moriscos, especie de traje de noche de seda, é hizo colocar las hamacas, cubriéndolas con mosquiteros.

En el momento en que íbamos á acostarnos, el capitán aplicó á sus labios un silbato de plata suspendido á una de las columnas, arrancándole un silbido parecido al que lanza el contramaestre para llamar á los marineros á la maniobra.

—¿Qué haceis?—le dije.—¿Nos preparais una nueva sorpresa?

—Escuchad,—me respondió sencillamente.

Nos callamos... y en medio de los ruidos monotonos del rio que corria silenciosamente á algunos pasos de nosotros distinguimos vagamente á lo léjos, al cabo de algunos minutos, tres ó cuatro rugidos cuyo origen no pudimos precisar exactamente.

—Las panteras y los jaguares—nos dijo el capitán—están en este momento buscando su alimento á algunas millas más allá del Wallevé, donde hay un estanque muy frecuentado por estos

animales, y á veces bajan hasta cerca de este pabellon.

—¿No creeis, entónces, que será peligroso permanecer aquí?

—No, pues acabo de llamar á mi guardian habitual.

De repente oyóse un ruido estridente como el que produciria un fuerte golpe en un trombon, que nos hizo estremecer.

Nos volvimos, y frente á la puerta é impidiendo completamente el paso, vimos un enorme elefante negro que, arrodillado sobre sus patas delanteras, alargaba su formidable trompa hácia su amo, como pidiéndole una caricia.

—¡Bien! Hayder-Ali,—le dijo este último,—acuéstate delante de la puerta, y que nadie pase, ni hombres ni animales.

Por toda respuesta, el animal se extendió cuan largo era en la direccion indicada; y como se habia traído consigo un haz de cañas de azúcar para distraer el fastidio de la velada, se puso al momento á mascarlas, balanceando de derecha á izquierda su enorme cabeza.

—Ahora, señores,—nos dijo el capitán Frank Nolan, intendente de la estacion de caza de Wallevé,—podemos dormir.

Cinco minutos despues estábamos cómodamente instalados en nuestras hamacas, y mecidos por las armonías extrañas que se elevaban de las junqueras y del rio, á pesar de los rugidos de los chacales y de las otras fieras salvajes, cerramos tranquilamente los ojos y nos quedamos dormidos.

Cuando nos despertamos al dia siguiente, era ya bien de dia. Las frescas brisas de la mañana

agitaban ligeramente los tattis del vetyver que guarnecian las ventanas; una luz templada y dorada se reflejaba en los grandes árboles, tiéndolos de matices diversos, y los pájaros cantaban saludando la vuelta del sol.

Por más que se ha hablado de esta primera hora de los trópicos, celebrada por Jacquemont y que sumergia á Warren en éxtasis contemplativos, por más que uno haga, no puede jamás ser uno insensible ante aquella naturaleza que se despierta refrescada con los perfumes de su eterna juventud y radiante de hermosura, de brillo y de majestad.

El capitán se habia ya levantado, y le oimos dar algunas órdenes á su metis.

Hayder-Ali habia tambien dejado su puesto de centinela para volver á los corrales.

El baño estaba preparado, y nos metimos en él con delicia, y despues de haber instalado en las habitaciones puestas á nuestra disposicion los diferentes objetos de nuestro uso particular, nos presentamos en el comedor, donde ya nos esperaba nuestro nuevo amigo.

—Señores, —nos dijo con su amabilidad acostumbrada, —deseo que sepais que aquí cada uno es libre de emplear su tiempo como mejor le parezca hasta la hora de comer, para la que exijo la mayor exactitud. El primero y el segundo desayuno se sirven cuando cada uno le pide; el lunch no tiene regla, y siempre está dispuesto, pues se compone de huevos, pescados ahumados, jamon y cerveza; pero para la comida, que se sirve á las seis y media en punto, no admito excusas.

—Lo mejor será que adoptemos vuestras cos-

tumbres, —respondí yo, —pues somos pocos y no debemos desperdiciar las ocasiones de estar reunidos.

—Con mucho gusto, señores, si yo no tuviese que atender á mi servicio, contra la costumbre de la mayor parte de mis camaradas; pero como no puedo prescindir de él, os diré lo que acostumbro hacer. A las seis de la mañana tomo una taza de mouloucoutonie con un vaso de Jerez, y me voy despues á presenciar cómo se domestican los elefantes. A las nueve y media almuerzo, y visito despues las oficinas de la administracion anglo-indígena que están bajo mis órdenes. A la una tomo el lunch y duermo la siesta hasta las tres; luégo vuelvo al campo de maniobras, á ver á los elefantes domesticados ejecutar todas sus funciones, y á las cinco, en que el calor cede un poco, monto á caballo...

De repente vino á interrumpir esta conversacion la voz de un corredor indígena que bajaba por la orilla del rio lanzando los gritos monosilábicos que tienen la costumbre los bohís de lanzar para excitarse á la carrera:

¡Oh! ¡oh! ¡Ke! ¡he!

¡Oh! ¡oh! ¡Ke! ¡ha!

El indio atravesó corriendo sin pararse la explanada que rodeaba la casa, y llegó cubierto de sudor á los primeros escalones de la verandah, adonde habíamos salido al verle.

Inclinóse ante nosotros segun la moda india, elevando sobre su cabeza un pliego cerrado que llevaba metido en un saco pendiente del cuello.

El capitán abrió el pliego, que iba dirigido á él. Una carta es en la India un verdadero aconte-

cimiento, pues la costumbre de escribirse por pura política está poco esparcida, y fuera de las relaciones de parentesco íntimo, siempre se esperan noticias graves ó importantes, así como la muerte de un pariente ó la de un amigo cuya enfermedad se ignora por la gran distancia que le separa á uno de Europa.

Nosotros mirábamos al capitán, no por indiscreción, sino para tratar de sorprender sobre su rostro alguna señal de alegría ó de pesar, cuando nos dijo con su franca sonrisa llena de un asombro inexplicable:

—Señores, es una carta del coronel Ewans.

—¿Viene?

—No, y apuesto cualquier cosa á que no adivináis lo que me escribe.

—Nos damos por vencidos.

—Pues bien, el coronel, que cazaba en los valles de Balangoddé, ha ido á Colombo por orden del gobierno, y ved aquí su lacónico billete:

«La reina acaba de declarar la guerra al negus de Abisinia. He sido nombrado comandante del parque de artillería que llevan á lomo los elefantes, y que acaba de formarse en Bombay.

«Enviadme mi equipaje á esta ciudad, pues no vuelvo ya á Wallevé, quedando vos nombrado superintendente de la estación en mi lugar. A causa de la guerra, vuestro destino de ayudante quedará vacante, pues se necesitan los oficiales; por consiguiente, tendréis que quedaros sin ayudante.»

En el mismo pliego iba una orden del gobernador de Ceylan mandando al capitán Frank Nolan que enviase á Punta de Galles, á la disposi-

ción del servicio de artillería, todos los elefantes enseñados de que pudiese disponer, añadiendo que creía que la estación de Wallevé podría proporcionar por lo ménos doscientos...

Al acabar de darnos cuenta de aquellos documentos, el capitán, que se había quedado algo pensativo reflexionando en la responsabilidad que hacía pesar sobre él su nuevo destino, exclamó de repente con ímpetu:

—Señores, mañana partiremos para la junguera, para la gran caza.

Y mandando traer unos vasos que llenó de wiskey añejo de Escocia, lanzó tres hurras frenéticos, exclamando:

—¡Viva la reina!

Nosotros nos reunimos con placer á aquel grito de entusiasmo.

Aquella misma noche, todos los elefantes enseñados que poseía la estación salieron con dirección á Punta de Galles, y al día siguiente, á la salida del sol, dejábamos las orillas del Wallevé para meternos en los valles superiores. Nos acompañaban veintidos elefantes de caza, admirablemente domesticados, cada uno con su cornac y unos cincuenta rabatteurs de los nilmakareya.

El jefe de los elefantes se llamaba Maha-Singha, nombre de uno de los antiguos reyes de Ceylan, y que debía á sus hazañas aquella distinción particular.

El capitán había puesto á nuestra disposición el ilustre Hayder-Ali, nuestro guardian de la víspera, sobre el que habían colocado un magnífico haoudah. Tinou y Amoudou, que nosotros necesitábamos para nuestro servicio particular, se ha-

bian colocado en la parte de atrás de nuestra montura.

El nuevo superintendente montaba un magnífico caballo de Singapoore, que tenía que dejar en el gran bengalow de Talawa, sitio central de reunión.

Por espacio de muchos días cazamos el elefante salvaje en medio de las junqueras, de los bosques y de los pantanos...

Yo había soñado con aquella vida de emociones desde mi excursión al lago Kendellé (1), y por fin veía satisfechos mis deseos más queridos.

(1) *Viaje al país de las Bayaderas.*

FIN.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

Colombo.—El comercio inglés.—La casta de los rhodias.—La jóven adivina.—Una noche en los montes Kotmales.—El bengalow de Tanie-Kalloo.—Un tigre.—Los totahs-veddahs.—Kaltna. Pág. 3

SEGUNDA PARTE.

Permanencia en Kaltna.—El elefante Nirjara.—Un antiguo conocimiento.—La caza de las garzas reales rosadas.—Los habitantes de los arrozales.—Cultivo del arroz, del café, del añil, del algodón, del opio, de la caña de azúcar y del betel.—El pahvadam.—Combate de elefantes.—Partida.—Punta de Galles.—El paquebot de Calcutta.—Un compañero de camino.—Partida para el país de los elefantes. 101

TERCERA PARTE.

Matoura.—Tangalle.—Kahawatté.—El Giraoué-Paltou.—Los budhistas contemplativos.—El anacoreta de Manou.—Una noche en la mar con los macouas.—Sir James, Ewans, director de caza en el Giraoué.—El canto de las bayaderas.—El elefante vigilante de noche. 171